HOMILIA SOBRE LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Dice San Juan Crisóstomo en esta homilía, que el mes de Septiembre próximo había dirigido largos discursos contra los judíos. Como de estos discursos se sabe que se pronunciaron el año 386, se deduce que también este de que tratamos se pronunció el 25 de Diciembre de este mismo año 386, en Antioquía. ¿Y cuál fue el fin que se propuso el Santo? Afianzar más y más la devoción a esta fiesta, que en Antioquía no se celebraba sino, a lo más, desde hacía diez años, y era mirada por algunos como devoción nueva y poco fundada. Para esto prueba cómo realmente se debe sostener que el 25 de Diciembre nació Cristo Nuestro Señor, y que, por consiguiente, la fiesta de este día es digna de toda veneración. Pasa después a increpar a los gentiles, que se burlaban de que los cristianos adorasen a un Dios nacido de mujer, y les objeta las ridiculeces del gentilismo, y, finalmente, exhorta a los oyentes a reconocer el soberano beneficio de la Encarnación y a recibir a Cristo en la Sagrada Eucaristía con el debido respeto y reverencia.

I. Las ideas se desarrollan por este orden: 1) Cristo ha nacido; regocijémonos y admirémonos por este soberano misterio. 2) Con ansía deseaba yo ver tan celebrada como lo es ahora esta festividad, instituida entre nosotros desde hace diez años solamente, pero que, como generosa planta, se ha desarrollado en breve tiempo; el mismo Dios recién nacido os pagará vuestra concurrencia para honrarle.

II. Hay quienes disputan entre vosotros sobre si es este el tiempo en que nació Cristo Nuestro Señor, os voy a probar que sí en tres argumentos. El primer argumento es, que si no fuera cosa de Dios la festividad de hoy, no se hubiera extendido tan pronto ni hubiera permanecido en el pueblo cristiano; pero como ha sido tan admirable su propagación, y no sólo permanencia sino aumento, concluyo que es de Dios.

III. Segundo argumento: el Evangelista nos cuenta que María y José fueron a Belén con ocasión del decreto de César Augusto de que se empadronara todo el orbe. Ahora bien, los códices de Roma nos dicen el tiempo de este empadronamiento, y concuerdan con nuestra festividad.

IV. Tercer argumento: después de una breve descripción del templo de Salomón, prueba por la Escritura como en el Sancta Sanctorum entraba el sumo Sacerdote solo, y una vez al año; y después de interrumpir por un momento esta aparente digresión, muestra el raciocinio de que va a hacer uso, y es éste: una sola vez entraba solo el Sumo Sacerdote en el Sancta Sanctorum; si averiguamos en que mes ere esto, sabremos cuándo estuvo Zacarías en el Sancta Sanctorum; como en este tiempo se le dio

cuenta de que su esposa Isabel había concedido, sabremos ya el tiempo de la concepción de Isabel; por otra parte, el Angel dijo a María en la anunciación que Isabel llevaba para entonces seis meses desde su concepción; luego si contamos seis meses desde la concepción de Isabel, sabremos el mes en que concibió María, y contando nueve desde este mes, tendremos el mes en que nació Jesús. Ahora pasa a probar lo dicho parte por parte.

V. Insiste en que entraba una sola vez al año el Sumo Sacerdote en el Sancta Sanctorum.

VI. Prueba cómo esta entrada la hacía en la fiesta de los Tabernáculos.

VII. Prueba por la Escritura como en esta fiesta de los Tabernáculos, que era en Septiembre, se apareció el Angel Zacarías a anunciarle que su esposa había concebido.

VIII. De las palabras del Angel a la Santísima Virgen deduce como la Anunciación o Encarnación del Hijo de Dios sucedió seis meses después de haber concebido Isabel, y siendo ésta en Septiembre, contados nueve meses desde la Encarnación, resulta que Nuestro Divino Salvador nació en Diciembre. Después de esto resume brevemente todo este argumento.

IX. Terminada la demostración pasa a increpar y refutar a los gentiles, que se ríen de que los cristianos adoren a un Dios hecho hombre; peor es hacer a Dios leño y piedra, que no decir que tomó carne pura, santa e incontaminada del vientre virginal de María. Increpa en especial a los maniqueos con un razonamiento parecido, y por la comparación del sol muestra como a Dios no se le sigue mancha alguna de haber tomado nuestra carne.

X. Por las razones dichas, hagamos enmudecer a esos blasfemos, y nosotros mostrémonos agradecidos en las obras a tan grande beneficio como es la Encarnación y Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

XI. En este número hasta el fin síguese una hermosa exhortación para que se acerque el pueblo a la sagrada mesa con la debida reverencia.

El estilo es didáctico y muy sencillo en la exposición de los argumentos; más animado al principio, y sobre todo al fin.

I

1. Lo que antiguamente con tales ansías anhelaron los Patriarcas, lo que vaticinaro los Profetas, lo que tanto desearon ver los justos, ha tenido en este día feliz término y cumplimiento; y tomando nuestra carne, *se ha dejado ver an la tierra y ha conversado con los hombres* (Baruc, 3,38). Alegrémonos, pues, amados oyentes, y regocijémonos. Porque si Juan dio saltos de júbilo en el vientre de su madre Isabel, cuando fue a visitarla María, ¡cuánto más razonable es que nosotros, al ver hoy, no a María, sino a nuestro mismo Salvador nacido, nos alegremos y demos saltos de júbilo, y nos admiremos y llenemos de asombro, al ver la grandeza de su providencia, que sobrepuja a todo entendimiento! Piensa qué maravilla sería ver al sol descender del

cielo y andar por la tierra y extender desde ella sus rayos de luz; que si tal sucediera en este sol material, se llenaría de estupor cuantos le miraran; considera, pues, ahora, y razona qué maravilla será ver al Sol de Justicia, vestido de nuestra carne, esparcir los rayos de su luz, y con ellos iluminar nuestras almas.

2. Mucho tiempo hace que deseaba yo ver el día de hoy, y no verlo de cualquier modo, sino con todo este concurso y muchedumbre; y continuamente pedía que, como ahora lo está, se viera este templo henchido de gente; y he aquí cumplidas y satisfechas ya mis aspiraciones.

Porque no han pasado diez años todavía desde que tuvimos manifiesta noticia y conocimiento de esta festividad, y, co todo, ha llegado a florecer por nuestra diligencia, cual si muy de antiguo y antes que otros pueblos la hubiéramos recibido. No se equivocaría, por lo tanto, quien la llamara nueva y antigua al mismo tiempo: nueva, por haber llegado a nuestra noticia recientemente; antigua, porque en breve ha llegado como a igualar en edad a las antiguas y adelantarse a cumplir la misma medida de años. Porque así como las plantas generosas y de buena calidad no se hace más que plantarlas en la tierra, y al punto llegan a grande crecimiento y se cargan de fruto; así también esta fiesta, conocida de antiguo por los que habitan el Occidente, al pasar a nosotros, no hace muchos años, de repente se ha dado tal prisa en crecer, y ha producido tal fruto, cual es el que ahora contemplamos, cuando se ve lleno el ámbito de este templo, y parece que se angosta y estrecha por la muchedumbre de concurrentes.

Digna recompensa de vuestra diligencia debéis esperar de quien hoy ha nacido según la carne, Cristo Jesús; él os remunerá abundantemente por vuestro empeño, puesto que esta diligencia y presteza que habéis mostrado es muy grande testimonio de vuestro amor para con el recién nacido.

II

Ahora, si también yo, vuestro consiervo, debo contribuir en algo a la fiesta de hoy, contribuiré en lo que pueda, o mejor dicho, en lo que la divina gracia me conceda deciros para vuestra utilidad. ¿Y qué es lo que deseáis oír hoy? ¿Qué habéis de desear oír sino lo que toca a este día? Porque bien sé que todavía disputan muchos sobre esta festividad, los unos impugnándola y los otros defendiéndola. En todas

partes se habla mucho de la fiesta de hoy; unos la impugnan como nueva y reciente y últimamente introducida; otros la defienden como antigua y vieja; como que ya los Profetas predijeron la natividad de Cristo, y desde hace tiempo era esta solemnidad conocida y manifiesta, desde Tracia hasta Cádiz. Ea, pues, comencemos a hablar de este punto: porque si esta fiesta tal propensión halla en vosotros cuando aún dudáis de ella, es evidente, que si llega a seros más conocida, os hallará mucho mejor dispuestos y más benévolos, cuando con la claridad de esta instrucción se acreciente vuestro afecto para con ella.

Voy, pues, a aducir tres demostraciones por las que claramente entenderemos que este es el tiempo en que nació Nuestro Señor Jesucristo, Verbo de Dios. De estas tres razones, la primera es la prontitud con que por todas partes se ha extendido esta festividad, y ha llegado a tal altura y florecimiento. Y no tengo yo reparo en decir de esta fiesta lo que dijo Gamadiel de la predicación del Evangelio: *Si es cosa de hombres, se desvanecerá; si es de Dios, no la podréis destruir y os expondríais a luchar contra Dios* (Act., 5, 38). También esta fiesta, por ser de Dios, no sólo no ha venido a menos, sino que cada año recibe nuevo incremento y brilla con nuevo esplendor; porque su noticia en pocos años se ha extendido por toda la tierra, por más que los que la propagaron por todas partes fuesen pobres artesanos, pescadores, rudos, idiotas; pero nada perjudicó la pequeñez de los ministros, cuando el poder del que era predicado todo lo prevenía, quitaba los obstáculos, y hacía ostentación de su interior y peculiar virtud.

III

Pero si alguno más tenaz en disputar no aceptare la explicación dada, aún podemos darle otra prueba. ¿Y cuál es? La contenida en la narración evangélica. *Sucedió,* dice el Evangelista, *en aquellos días, que dio un edicto César Augusto, mandando empadronar a todo el orbe. Este fue el empadronamiento primero hecho por Cirino, gobernador de la Siria. E iban todos a ser inscritos, cada uno a la ciudad de donde procedía, y subió también José de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a la Judea, a la ciudad de David que se llama Belén, por ser él de la cas y familia de David, para empadronarse con María, desposada con él y que se hallaba embarazada. Y sucedió que estando ellos allí, se cumplieron los días en que ella diese a luz; y dio a luz a*

su hijo primogénito, y le envolvió en pañales, y le reclinó en un pesebre, porque no tenían lugar en la posada (Lc., 2, 1). Por aquí se ve claro que nació al tiempo del primer empadronamiento; y quien quisiere ver los antiguos códices que públicamente se conservan en Roma, puede enterarse con exactitud del tiempo de este empadronamiento. Pero esto, dirá alguno, ¿qué nos importa a nosotros, que ni estamos allí ni hemos estado nunca? Oye, y no desconfíes, porque precisamente no hemos recibido esta fiesta sino de quienes a ciencia cierta saben lo dicho, y son habitantes de aquella ciudad; si, los mismos que allí moran, y celebran de antes y por antigua tradición esta fiesta, son los que ahora nos han transmitido la noticia de ella. Ni el Evangelio nos señaló sin razón el tiempo del empadronamiento, sino para manifestarnos claramente este día y darnos evidente indicio de la encarnación de Dios; porque no salió de él ni por impulso propio el edicto que publicó Augusto, sino por impulso de Dios, que movió su corazón, a fin de que aún sin quererlo, sirviera a la venida del Unigénito.

¿Y cómo contribuye esto, se me dirá, para entender la encarnación? –Contribuye, y no poco, amados oyentes, si no en sumo grado; y es uno de los datos necesarios y más dignos de atención. ¿Cómo así? Galilea es una región de Palestina, y Nazaret una ciudad de Galilea; a su vez, la Judea es una región así llamada por sus habitantes; y Belén, una ciudad de Judea. Ahora bien; de Cristo vaticinaron los Profetas que vendría, no de Nazaret, sino de Belén, y que allí nacería. Porque así está escrito: *Y tú, Belén, tierra de Judea, muy lejos estás de ser la menor entre los Príncipes de Judá, porque de ti saldrá el Caudillo que regirá a mi pueblo Israel* (Mt. 2, 6; Miq. 5, 2). Y los judíos, preguntados por Herodes dónde nació Cristo, le respondieron con este testimonio. Por esta causa, cuando contestando a estas palabras de San Felipe: *Hemos hallado a Jesús el de Nazaret*, dijo Natanael: *¿Puede de Nazaret salir algo de bueno?*, dijo Cristo refiriéndose a él: *He aquí, que éste es verdaderamente israelita, en quien no hay dolo* (Jn. I, 45-46). ¿Y por qué causa, dirás, le alabó así? Porque no se dejó llevar del aviso de Felipe; pues clara y manifiestamente sabía que ni en Nazaret, ni en Galilea, convenía que naciera Cristo, sino en Judea y en Belén, como de hecho sucedió. Como, pues, Felipe no supiera esto, y Natanael, en cambio a fuer de instruido en la ley, respondiera conforme a la profecía arriba dicha, que no vendría Cristo de Nazaret, por esto dijo Cristo: *He aquí un verdadero israelita, en el cual no hay*

engaño. Esta misma es la razón por qué algunos judíos decían a Nicodemus: *Examina la Escritura y verás como de Galilea no sale ningún Profeta* (Jn. 7, 52). Y en otra parte. *¿No es cierto que del castillo de Belén, donde estaba David, sale el Cristo* (Ibid., 42)? Y era común sentir de todos, que sin duda ninguna de allí había de venir y no de Galilea.

Ahora bien; siendo así que José y María, aunque habitantes de Belén, salieron de allí y fijaron su vivienda en Nazaret donde moraban (como a cada paso lo vemos en muchos que, abandonando las ciudades donde nacieron, habitan en otras de que no traen su origen primitivo), y conviniendo que Cristo naciera en Belén, se promulgó un edicto que, aun involuntariamente, los compelió, por divina ordenación, a ir a aquella ciudad. Porque como aquel edicto mandaba que cada uno se empadronara en su propia patria, los obligó a salir de Nazaret e ir a Belén para dar sus nombres. Esto insinuaba el Evangelista, cuando decía: *Subió también José de Galilea desde la ciudad de Nazaret a la Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, para empadronarse con María, desposada con él, que estaba en cinta. Y sucedió que mientras estaba allí se le cumplieron a ella los días de dar a luz, y dio a luz a su hijo primogénito* (Lc, 2, 4). ¿No acabas de ver, amado hijo, la providencia de Dios, que se sirve de los infieles y de los fieles para el cumplimiento de sus planes, de modo que aún los que son ajenos a su culto claramente comprenden su fuerza y su poder? Una estrella condujo a los Magos desde el Oriente; una ley condujo a María a la patria vaticinada por los profetas.

De aquí nos consta con evidencia, que también la Virgen era del linaje de David; porque si era oriunda de Belén, es bien claro que era de la casa y familia de David: como también nos lo descubrió más arriba el Evangelista al decir: *Ascendió también José desde Galilea con María, por ser él de la casa y familia de David*. Porque una vez que nos expuso la genealogía de José, y nadie había contado los progenitores de la Virgen, como los de José; para que no tuvieras esta duda: ¿De dónde sabremos que también ella procedía de David? oye lo que dice: *El sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, por nombre Nazaret, a una virgen desposada con un varón, cuyo nombre era José, de la casa de David* (Lc. 1, 26). Las palabras de la casa de David se han de entender de la Virgen, como aquí se ha indicado manifiestamente [19]. Por esto se dio aquel edicto y

ley que los dirigía a Belén; porque apenas ascendieron a la ciudad, al punto nació Jesús; y por haber concurrido muchos de todas partes, y ocupado de antemano todos los sitios y hecho grande la estrechez, fue reclinado en un pesebre, y allí fueron a adorarle los Magos.

IV

Pero a fin de presentaros una demostración más clara, renovad vuestra atención, os ruego; pues quiero repasar una larga historia y recitar leyes muy antiguas, de modo que os evidencie más la cuestión por todos sus puntos.

Tenían los judíos una ley antigua.. pero no; tomemos el discurso de más arriba. Cuando libró Dios al pueblo hebreo de las turbas de los egipcios y de la tiranía del rey extranjero, viendo que todavía tenía reliquias de impiedad, y que se dejaba llevar de todo lo material y sensible, y admiraba la grandeza y hermosura de los templos, mandó que se les edificara un templo que, no sólo por la diversidad de sus materiales y por la variedad de su arte, sino también por la hermosura de su construcción, dejara oscurecidos a todos los tiempos de la tierra. Y como un padre amante de su hijo, si pasado mucho tiempo le recibe después que se ha mezclado en la compañía de hombres malvados, corrompidos y muelles, y gozado de todos los deleites, le pone a buen recaudo donde conserve su dignidad con mayor abundancia de bienes, no sea que por la necesidad se acuerde de lo anterior, y aún lo desee; así también Dios, viendo a los judíos dejarse llevar de todas las cosas sensibles, aún estas se las concedió con grande exceso, de modo que jamás fueran a envidiar a los egipcios o las cosas de los egipcios; e hizo entre ellos para sí un templo a imitación de todo el mundo, tanto sensible como inteligente: porque habiendo, como hay, tierra y cielo, y en medio, como valladar, el firmamento, mandó que el templo se hiciera a su semejanza; y dividiéndolo en dos partes, y poniendo en medio un velo, a lo que estaba fuera del velo permitió que todos pudieran entrar, más en lo interior no permitió que nadie entrara, ni aún lo viera, a no ser el sumo sacerdote.

Y para que conste que ésta no es conjetura nuestra, sino que realmente el templo fue edificado a imitación de todo el mundo, oye lo que, al hablar de como Cristo subió a los cielos, dice San Pablo: *Porque no entró Jesús en el Santuario hecho de mano de hombres, que era figura del verdadero* (Heb. 9, 24), mostrando que el santuario

terrenal no era sino imitación del verdadero. Y que el velo separaba el Sancta Sanctorum de lo de fuera, así como ese cielo divide lo que está encima de él de todo lo de aquí abajo, claramente lo indica al llamar velo al firmamento. Porque hablando como la esperanza es el áncora segura y firme que tienen nuestras almas, añadió: *y que penetra hasta el interior del velo, donde por vosotros entró nuestro precursor Jesús* (Heb. 6, 19), más arriba que los cielos. ¿Ves cómo al cielo le dio el nombre de velo? Ahora bien; fuera del velo estaban el candelabro, y la mesa, y el altar de bronce que recibía las víctimas y los holocaustos, y dentro del velo el arca cubierta toda alrededor de oro, en la que estaban las tablas del testamento, y la urna de oro, no el de las víctimas y holocaustos, sino sólo el del incienso; y por lo de fuera todos podían andar; pero por lo de dentro tan sólo el Sumo Sacerdote. Y no dejaré de aducir para probarlo el testimonio de San Pablo, que dice (a los Hebreos, IX): *Tuvo el primer Tabernáculo reglamentos sagrados de culto y un Santuario Temporal* (Santuario temporal llama al Tabernáculo de fuera, puesto que a todos se permitía en él), *en el cual estaban el candelabro, y la mesa, y los panes de la proposición; y después del segundo velo, el Tabernáculo llamado Sancta Sanctorum, que contenía un incensario de oro y el arca del testamento cubierta todo alrededor de oro, en la cual estaba la urna de oro, que contenía el maná, y la vara de Aarón que había reverdecido, y las tablas del testamento, y sobre el arca los Querubines gloriosos que hacían sombra al propiciatorio. Esto supuesto, al primer Tabernáculo siempre entraban los sacerdotes para cumplir los ministerios del culto; pero en el segundo tan sólo una vez al año y sólo el Pontífice, no sin sangre, que ofrece por sí y por las ignorancias del pueblo.* ¿Ves cómo tan sólo entra el Sumo Sacerdote y sólo una vez en todo el año?

¿Y qué tiene que ver esto, me decís, con la presente festividad? Esperad un poco, no os turbéis: hemos tomado el asunto desde su misma fuente y nos esforzamos por llegar a la misma cumbre de la verdad, de modo que fácilmente lo dominemos todo con distinción. Pero, en fin, para que no esté mi discurso por mucho tiempo cubierto de sombras, ni por ser más oscuro os haga decaer de ánimo al verlo tan largo, ahora os voy a decir la causa por qué he removido toda esta narración. ¿Cuál es, pues, esta causa? Cuando ya hacía seis meses que Isabel había concebido a Juan, entonces concibió María; por consiguiente, si averiguamos cuál era aquel mes sexto, sabremos cuando concibió María; una vez sabido cuándo concibió, sabremos también

cuando dio a luz, contando nueve meses desde la concepción. Y ¿de dónde sabremos cual fue el sexto mes de la preñez de Isabel? Si averiguamos cual fue el mes en que concibió. Y ¿cómo sabremos cual fue el mes en que concibió? Si averiguamos en que tiempo se dio la fausta noticia a Zacarías, su esposo. Y este tiempo, ¿de dónde lo podremos deducir con claridad? De las Sagradas Escrituras, una vez que dice el Santo Evangelio, que el ángel dio la feliz nueva y habló del parto de Juan a Zacarías, cuando este se hallaba dentro del Sancta Sanctorum. Si, pues, demostramos claramente por la Escritura cómo entraba una sola vez y sólo el Sumo Sacerdote en el Sancta Sanctorum, y en que tiempo, y en qué mes del año; nos será ya manifiesto el tiempo en que se le dio la feliz nueva; y una vez manifestado esto, será también patente a todos el tiempo de la concepción.

V

Ahora bien: que sólo una vez año entrara allí el Sumo Sacerdote, ya lo ha demostrado San Pablo: también Moisés nos lo manifiesta, diciendo así (Lev. 16, 2): *Y habló el Señor a Moisés: habla a tu hermano Aarón, y no entre en todo tiempo en el Santuario que está dentro del velo, enfrente del propiciatario, que esté encima del arca del testimonio, porque no muera.* Y de nuevo (v. 17): *Y no haya hombre alguno en el Tabernáculo del testimonio cuando entre él al Santuario para expirar, hasta que haya salida, y expiado por sí y su casa y todo el pueblo de Israel, y expiará sobre el altar, que está delante del Señor.* Es, pues, patente por todo esto, que no en todo tiempo entraba en el Sancta Sanctorum, y que, mientras él estaba dentro, a nadie le era lícito entrar, sino que debía permanecer fuera, a la parte exterior del velo. Retened este punto con diligencia, porque nos queda por demostrar cuál era el tiempo en que entraba en el Sancta Sanctorum y como hacía esto una vez al año y él solo.

VI

Y ¿de dónde se podrá hacer que esto conste? De este mismo libro, porque dice así (Lev. 16, 29): *El mes séptimo, el día décimo del mes, humillaréis vuestras almas y no haréis ningún trabajo, ni el indígena ni el advenedizo, que se os ha juntado; porque en este día se hará expiación por vosotros para purificaros de todos vuestros pecados;*

delante del Señor seréis purificados; este será el sábado de los sábados, vuestro descanso, y humillaréis vuestras almas y este será un estatuto sempiterno.

Y hará esta expiación el Sacerdote a quien ungieron y cuyas manos consagraron para sacrificar después de su padre; y se vestirá de la estola santa, y expiará el Sancta Sanctorum y el Tabernáculo del testimonio; y expiará el altar; y expiará por los Sacerdotes y por todo el pueblo de Israel. Y será para vosotros ley eterna el orar por los hijos de Israel, por todos sus pecados. Una sola vez al año se hará esto, como mandó el Señor a Moisés. En estas palabras se habla de la fiesta de los Tabernáculos; porque esta era la única vez del año en que entraba el Sumo Sacerdote; como él mismo lo explica al decir: *Una sola vez al año se hará esto.*

VII

Sí, pues, en la fiesta de los Tabernáculos entraba en el Sancta Sanctorum el Sumo Sacerdote solo; ea, demostremos ahora cómo se apareció el ángel a Zacarías, cuando éste estaba en el Sancta Sanctorum. Y, en efecto, por una parte el ángel fue visto sólo por Zacarías cuando ofrecía el incienso; y por otra, jamás entra el Sumo Sacerdote solo, sino es en aquella ocasión. Pero nada nos impide el oírlo con las palabras del texto sagrado (Lc. 1, 5): *Había en los días de Herodes, rey de Judea, un Sacerdote, por nombre Zacarías; y era su mujer descendiente de las hijas de Aarón, y su nombre Isabel: y sucedió, mientras él cumplía con el Sacerdocio, cuando le llegó la vez, delante de Dios, según la costumbre del Sacerdocio; le tocó la suerte de poner el incienso entrando en el templo del Señor; y toda la muchedumbre del pueblo estaba orando fuera, a la hora del incienso.* Acuérdate ahora, amado oyente, de aquel testimonio que dice (Lev. 16, 17): *Y no haga hombre alguno en el Tabernáculo del testimonio, cuando él entre a expiar en el Sancta Sanctorum, hasta que salga.* Prosigue el Evangelista (Lc. 1, 11): *Y se le apareció el ángel del Señor de pie, a la derecha del altar del incienso.* No dijo *del altar de los sacrificios*, sino *del altar del incienso*; porque el altar de fuera era el de los sacrificios y holocaustos, pero el de dentro, era el del incienso. De modo, que ya por el mero hecho de habérsele aparecido a él solo, ya por las palabras que dicen que el pueblo estaba fuera esperándole, es bien claro que entró en el Sancta Sanctorum. *Y se turbó Zacarías al*

verle y cayó miedo sobre él (Lc. 1, 12): *Y le dijo el ángel: No temas, Zacarías; porque ha sido oída tu petición, e Isabel, tu esposa, te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan. Y estaba el pueblo esperando a Zacarías, y se admiraban de que tardara: y cuando salió les hacia señas, y no podía hablar* (Lc. 1, 21). ¿Ves cómo estaba dentro del velo? Por consiguiente, entonces fue cuando recibió la buena nueva. Y este tiempo de la buena nueva era precisamente el de la fiesta de los Tabernáculos y del ayuno (porque esto significa aquel *Humillad vuestras almas*); y se celebraba esta fiesta ente los judíos a fines del mes de Septiembre, como lo podéis atestiguar vosotros mismos; y durante este mes empleé muchos y largos discursos contra los judíos, acusando su intempestivo ayuno [20]; luego éste fue el tiempo en que concibió Isabel, esposa de Zacarías (Lc. 1, 25): *Y se ocultaba ella por cinco meses,* diciendo*: Así obró conmigo el Señor en los días en que me miró, para quitar mi oprobio entre los hombres.*

VIII

Ahora es ya tiempo de manifestar, cómo cuando Isabel contaba ya seis meses desde que concibió a Juan, recibió María la alegra nueva de su concepción. Y es así en realidad; cuando se presentó a ella Gabriel, y dijo (Lc. 1, 30): *No temas, María; porque has hallado gracia delante de Dios y he aquí que concebirás en tu vientre, y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesús*; como se turbarse ella con estas palabras, y tratara de indagar el modo cómo había de suceder; respondió el ángel y le dijo: *El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la virtud del Altísimo te hará sombra; y por eso lo que de ti nacerá Santo, se llamará Hijo de Dios. Y he aquí que tu parienta Isabel ha concebido también un hijo en su vejez; y la que se llamaba estéril, seis meses hace que concibió; porque no hay imposible para Dios.* Si, pues, concibió Isabel después del mes de Septiembre, como se ha mostrado, desde él conviene contar los seis meses intermedios, que son estos: *Octubre, Noviembre, Diciembre, Enero, Febrero, Marzo.* Luego, después de este mes sexto, es cuando concibió María. Y si desde él contamos otros nueve meses, vendremos a dar en este en que estamos. Es, pues, el primer mes de la concepción del Señor, Abril, y síguense Mayo, Junio, Julio, Agosto, Septiembre, Octubre, Noviembre, Diciembre [21]. Y he aquí el mes en que estamos, y en el que celebramos esta festividad. Y para que con más claridad veáis de

nuevo lo que digo, os lo voy a exponer, amados (hijos), reduciéndolo a compendio.

Solamente una vez al año entraba solo el Sumo Sacerdote en el Sancta Sanctorum. Y ¿cuándo era esta vez? En el mes de Septiembre. Luego, entonces entró Zacarías en el Sancta Sanctorum; luego, entonces también se le dio la feliz nueva acerca de Juan. Retiróse él de allí, y concibió su mujer. Pasado ya Septiembre, cuando Isabel cumplía el sexto mes (que es el de Marzo) concibió María. contando, pues, nueve meses desde Abril, vendremos a dar en éste, en el que nació Nuestro Señor Jesucristo.

Os he ya manifestado cuanto pertenece al día de hoy; una cosa añadiré y terminaré el discurso, dejando lo de mayor importancia a nuestro común doctor [22].

IX

Y ya que muchos de los infieles, al oír que Dios nació según la carne, se ríen de nosotros y nos insultan, y a muchos de los más rudos los inquietan y perturban; es necesario que me dirija, ya a aquellos, ya también a estos que se perturban, de modo que en adelante no se inquieten por creer a gente perversa, ni se perturben por la risa de gente descreída: puesto que también los chiquillos se ríen muchas veces de nosotros cuando nos ocupamos en trabajos serios y aún necesarios, y la tal risa no es argumento del poco precio de las cosas de los que se ven burlados, sino del poco juicio de los que se burlan. Esto mismo se debe decir de los gentiles que, teniendo menos juicio casi que los niños, se ríen de lo que es digno de sagrado horror y está lleno de maravillas; y lo que es verdaderamente digno de risa, lo veneran y ensalzan. Pero, con todo, ni nuestras cosas, a pesar de las burlas de los gentiles, pierden nada de su grandeza y majestad, o reciben por su risa daño alguno en su excelencia, ni las cosas de ellos, por más que las ensalcen, dejan de mostrar su ignominia.

Porque, ¿cómo no ha de ser extrema locura que ellos, en medio de su impureza, no crean que dicen y hacen nada ignominioso, mientras introducen sus dioses en piedra y leños y despreciables simulacros, y, en cambio, nos acusen a nosotros, que decimos que Dios preparó para sí, por obra del Espíritu Santo, un templo vivo, por medio del cual aprovechó a todo el orbe? Y ¿qué modo de acusar es éste? Porque si es vergonzoso que habite Dios en un cuerpo humano, mucho más en

un leño y en una piedra, y tanto más cuanto es más vil que un hombre un leño y una piedra, a no ser que nos parezca nuestra naturaleza más vil que esas materias. Porque ellos se atreven a humillar la esencia de Dios hasta la naturaleza de los perros y gatos, y muchos de los herejes aún a otras cosas más despreciables. Mas nosotros ni decimos semejantes cosas, ni sufrimos jamás oírlas; sólo decimos que tomó Cristo del vientre virginal una carne pura, santa, inmaculada, e inaccesible a todo pecado, y así restauró la obra de sus manos.

Mientras que ellos, y los que van a una con ellos en la impiedad, los Maniqueos, introducen la naturaleza divina en los perros y monos y fieras de toda especie (porque dicen que todas ellas tienen tal alma que procede de la esencia divina), y no se horrorizan ni se espantan; y dicen que nosotros afirmamos cosas indignas de Dios, porque ni siquiera consentimos en admitir en nuestro pensamiento semejantes ridiculeces, y sólo decimos lo que es decoroso y conveniente para Dios: como, viniendo al mundo, restauró a su criatura con esta manera de generación. ¿Qué dices, ¡oh hombre?, dímelo. Tú, que afirmas que el alma de los homicidas y de los encantadores es de la esencia de dios, ¿te atreves a acusarnos, porque no sufrimos nada de eso, ni consentimos en oírlo de otros, sino que a cuantos tal dicen los juzgamos reos de impiedad; antes bien, aseguramos que, habiendo Dios preparado para si un templo santo, por medio de él introdujo en nuestra vida la norma y régimen de los habitantes del cielo? ¿Y no sois dignos de innumerables muertes, tanto por las acusaciones con que nos calumniáis, como por las impiedades que no cesáis de cometer? Porque si es inconveniente para Dios el habitar en un cuerpo puro e inmaculado, como decís vosotros, mucho más inconveniente será que habite en el de un encantador, de un profanador de sepulturas, de un ladrón, de un mono, de un perro, y no más bien en aquel cuerpo santo, incontaminado y que está ahora sentado a la diestra del Padre.

Porque, ¿qué daño qué tacha se le puede seguir a Dios de esta providencia? ¿No veis este sol, cuyo cuerpo es material y corruptible y perecedero, por más que al oírlo revienten mil veces los gentiles y Maniqueos? Y no sólo él, sino también la tierra y el mar, y en una palabra, toda criatura visible está sujeta a vanidad y corrupción.

Oye a Pablo, que lo manifiesta claro, diciendo: *Porque las criaturas están sujetas a vanidad, o mudanza, no de grado, sino por aquel que las sujetó en esperanza* (a los Romanos, 8, 20). Y declarando después qué es estar sujeto a vanidad, añadió estas palabras (a los

Rom. 8, 21): *Porque las mismas criaturas serán libertadas de la servidumbre de la corrupción a la libertad de la gloria de los hijos de Dios*. De modo, que ahora son corruptibles. Porque el servir a la corrupción no es otra cosa que ser corruptible. Si, pues, el sol, siendo cuerpo corruptible, extiende a todas partes sus rayos, y comunicándose con las cosas sucias, manchadas y otras parecidas, ningún daño recibe en su limpieza por la fealdad de estas manchas corporales, sino que recoge puros sus rayos y de nuevo comunica su propia virtud a muchos cuerpos que la participan, sin admitir en lo más mínimo ningún detrimento o suciedad; con mayor razón, incomparablemente, el Sol de Justicia, el Señor de las virtudes incorpóreas, al entrar en una carne pura, no sólo no se manchó, sino tornó aquella carne más pura y más santa todavía.

X

Considerando, pues, todo esto, y acordándonos de aquella sentencia que dice: *Entre ellos habitaré y andaré* (Lev. 27, 12 y Cor. 6, 16); y en otra parte (1 Cor. 3, 16): *Vosotros sois templo de Dios, y el espíritu de Dios habita en vosotros*, hablemos también nosotros contra ellos, y hagamos enmudecer las lenguas desvergonzadas de los impíos, y regocijémonos en nuestros bienes, y alabemos a Dios encarnado por haberse bajado tanto a nosotros, y rindámosle, en cuanto podamos, la debida reverencia, honor y retribución. Y ¿qué otra retribución podemos ofrecer a Dios, sino la salvación de nuestras almas, y el esfuerzo por alcanzar la virtud? No nos hagamos, pues, desagradecidos a nuestro Bienhechor; antes, cuanto está de nuestra parte, ofrezcámosle todos la fe, la esperanza, la caridad, la continencia, la misericordia, la hospitalidad.

Y no dejaré ahora ni nunca de exhortaros a lo que ya antes de ahora os he exhortado. Y ¿qué es? Que cuando os vais a acercar a esta tremenda y santa mesa y a los sagrados misterios, lo hagáis con temor y temblor, con pura conciencia, con ayuno y oración; no con tumulto, ni con desorden, ni dándoos empellones, porque esto es extremada locura y desprecio no vulgar, que acarrea, por lo tanto, a los que tal hacen grave pena y castigo. Considera, ¡oh hombre!, a qué hostia vas a tocar, a que mesa te vas a acercar. Considera que, siendo tierra y ceniza, recibes el Cuerpo y Sangre de Cristo. Cuando os llama el Emperador a su convite, os ponéis a la mesa con temor, y tomáis los

manjares de ella con reverencia y silencio; y cuando os llama Dios a su mesa y os ofrece a su Hijo, mientras las Potestades angélicas asisten con temor y temblor, mientras los Querubines cubren sus rostros, mientras los Serafines claman temblorosos: *Santo, Santo, Santo es el Señor*, ¿tú voceas y alborotas, al acercarte a este convite espiritual? ¿No sabes que debe en este tiempo estar el alma llena de tranquilidad? Mucha paz y silencio hace falta, no tumulto, ni ira, ni turbación, porque todo esto mancha el alma de quien se acerca. Y ¿qué perdón se nos podrá conceder, si, después de tan graves pecados cometidos, ni siquiera en el tiempo de acercarnos a la comunión nos purificamos de tales pasiones irracionales? Y ¿qué objeto puede haber más importante y necesario que el Sacramento que aquí se nos presenta, para que así nos arrastre en pos de sí y pongamos en él nuestro empeño, y, dejadas las cosas espirituales, nos apresuremos a las carnales? No irritemos, os conjuro y suplico, no irritemos la ira de Dios contra nosotros; que lo que aquí se nos propone es medicina de salud para nuestras heridas, riquezas inacabables, título para el reino de los cielos. Temblemos, pues, al acercarnos; demos gracias, postrémonos, confesando nuestros pecados; lloremos gimiendo nuestras maldades; dirijamos a Dios insistentes súplicas y, purificándonos de este modo, acerquémonos en silencio y con la conveniente modestia, como quien se acerca al rey de los cielos, y cuando hayamos recibido la hostia santa e inmaculada, besémosla, clavados en ella nuestros ojos, y encendamos en amor nuestras almas, a fin de que no nos lleguemos a ella para juicio o condenación, sino para alcanzar la moderación de nuestras almas, la caridad, la virtud, la reconciliación con Dios, la paz duradera y la prenda de innumerables bienes, de modo que nos santifiquemos a nosotros mismos y edifiquemos a nuestros prójimos.

Esto os estoy constantemente diciendo y no cesaré de repetíroslo. Porque ¿qué utilidad hay en que vengáis aquí sin más ni más y en vano, y no aprendáis nada de lo que os conviene? ¿Qué provecho hay en hablaros siempre para daros gusto? Breve es el tiempo presente, amados hijos; seamos sobrios, vigilemos, moderémonos a nosotros mismos, mostremos nuestro celo para con todos, seamos para con todos amables. Y si es necesario oír la divina palabra, si orar, si acercarse a la sagrada mesa, si hacer cualquiera otra obra semejante, cúmplase con temor y temblor, para que no nos hagamos por nuestra negligencia dignos de maldición. Porque *es maldito*, dice la Escritura (Jer. 92, 10), *todo aquel que hace la obra de Dios con negligencia*. La

perturbación y la ira se convierte en injuria contra la hostia que en el altar es ofrecida. Extremo desprecio es presentarse contaminado delante de Dios; oye lo que sobre esto dice el Apóstol (1 Cor. 3, 17): *Si alguno corrompe el templo de Dios, Dios le perderá.* No irritemos, pues, a Dios, en vez de reconciliarnos con él; antes dando muestras de toda vigilancia, limpieza y tranquilidad de conciencia, acerquémonos con súplicas y contrición de corazón. De este modo, atrayéndonos la misericordia de Nuestro Señor Jesucristo, podremos alcanzar los bienes prometidos, por la gracia y benignidad del mismo señor nuestro Jesucristo, con el cual sea dada al Padre juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y la alabanza, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA SOBRE EL BAUTISMO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

El título es: HOMILIA A LOS QUE DEJAN DE ACUDIR A LA IGLESIA; TRATA DEL SANTO Y SALUDABLE BAUTISMO DE NUESTRO SALVADOR JESUCRISTO, Y DE LOS QUE INDIGNAMENTE COMULGAN, Y COMO LOS QUE ANTES DE CONCLUIRSE EL SANTO SACRIFICIO LO ABANDONAN, Y SE SALEN ANTES DE LA POSTRERA ACCION DE GRACIAS, IMITAN A JUDAS.

Parece muy probable, que fue pronunciada en Antioquía el año 387, día de la Epifanía del Señor. Diversas son las fiestas que concurren el día de la Epifanía, como son la adoración de los Magos, el Bautismo, y el milagro de las bodas de Caná de Galilea. Sirvan para confirmarlo las palabras de San Bernardo (Mabillón, edic. 4.ª, París, 1839, t. 3.º pág. 1789. In Epuph. sermo III, n.2): *Solemnitas igitur hodiernoe diei ab apparitione nomen accepit. Epiphania quippe apparitio est Hodie ergo apparitio Domini celebratur, non tantum una, sed trina, sicut a patribus nostris accepimus. Hodie enim parvulus Rex noster, paucis a nativitate diebus transactis, stella declarante primitiis gentium apparuit. Hodie quoque, cum jam triginta ferme in dispensatione carnis egisset annos (qui secundum divinita em idem ipse est, et anni ejus nos deficiunt), inter populares turbas absconditus, ad Jordanem baptizandus advenit; sed testimonio Dei Patris innotuit. Hodie nihilominus cum Discipulis suis vocatus ad nuptias, deficiente vino, signo admirabili suece potentioe aquas in vinum mutavit.* Lo mismo dice en los sermones 1.º y 2.º del mismo misterio.

Po lo que hace a la disposición de la homilía hay en ella tres partes muy marcadas. La primera contiene una ferviente y viva exhortación, dirigida a que los oyentes frecuenten más la iglesia. La segunda comprende la explicación del misterio. La tercera exhorta a recibir al Santísimo Cuerpo de Cristo con la debida reverencia, y darle gracias como es razón.

El desarrollo de las ideas procede por el orden siguiente:

I. 1)vosotros estáis alegres; yo triste, por ver que no ha de acudir otras veces la muchedumbre que ha acudido hoy a la iglesia; ¡y eso que la iglesia es un puerto sin oleaje!, mas vosotros queréis más estar en altar mar.

2) No digas que te impide la pobreza: puesto que Dios, de siete días, te pide tan sólo uno, y aún en éste, sólo dos horas; por lo tanto, mira no te castigue Dios, si aún esto le niegas.

3) El venir a la iglesia una o dos veces al año no basta para instruirse el cristiano en lo que debe saber.

4) Vosotros mismos cuando queréis que un hijo o esclavo aprenda un oficio, le descargáis de todo lo demás. Ahora bien, más diligencia pide el aprender la ley de Dios.

II.1) No quiero emplear todo el tiempo en reprender a los negligentes en acudir aquí, expliquemos el misterio de hoy.

La fiesta de hoy se llama *Epifanía o manifestación*: hay dos manifestaciones, la de hoy, la del juicio universal. (Aquí hace mención del prodigio que solía suceder este día; puesto que, bendeciéndose el agua en memoria del bautismo de Cristo, y tomándola todos los cristianos para llevarla a sus casas, permanecía incorrupta y fresca por espacio de dos y aún tres años?) ¿Por qué se llama *Epifanía (manifestación)* el día del Bautismo de Cristo, y no el de su nacimiento? Porque el día de su Bautismo fue cuando propiamente se manifestó a los hombres: hasta entonces apenas era conocido.

2) Hay que distinguir tres clases de bautismo: el de los Judíos, el de San Juan, y el de los Cristianos. El primero, tan sólo quitaba las manchas corporales, el segundo era bautismo de penitencia, y no podía quitar los pecados, ni dar el Espíritu Santo; el de los cristianos es bautismo de remisión.

3) Nuestro Señor Jesucristo recibió, no el bautismo de los judíos, pues no tenía mancha legal, no el suyo, pues no tenía pecado, y estaba lleno de Espíritu Santo, sino el de Juan, y no en espíritu de penitencia, sino *para que fuese conocido del pueblo, y porque así le convenía cumplir toda justicia.*

4) *Cumplir toda justicia* quiere decir obedecer a la ley, y pagar también por lo que nosotros debemos.

5) Para manifestarle al mundo descendió sobre él el Espíritu Santo en forma de paloma. Como en el arca de Noé la paloma indicó que había pasado el diluvio, así ahora sobre Cristo Nuestro Señor, verdadera arca de salvación, viene el Espíritu Santo en figura de paloma para indicar la misericordia de Dios con los Hombres. El arca de Noé, pasado el diluvio, permaneció en la tierra; mas el cuerpo glorioso de Cristo subió a los cielos y está a la diestra de su Padre.

III.1) Por lo que hace a la manera de recibir este Santísimo Cuerpo, nadie se acerque por ceremonia y tan sólo porque ha llegado el tiempo en que es costumbre comulgar; antes limpie primero su conciencia, y acérquese.

2) Tened reverencia y compostura exterior al recibirle. Si en los espectáculos se guarda esta conducta, ¿por qué no en la comunión?

3) No os turbéis por salir antes de dar gracias, ¿no sabéis que durante la comunión debemos estar más en el cielo que en los negocios de la tierra?

4) Los que se salen antes de tiempo imitan a Judas, que, recibido el bocado de manos de Cristo, se salió al momento del cenáculo.

5) Después del alimento corporal dais gracias: ¿por qué no, después de recibir el Santísimo Cuerpo de Cristo?

Tengamos entendido que éstos se llaman, con razón, *misterios*, y los misterios exigen reverencia, silencio, recogimiento.

I

1. Todos vosotros sentís hoy alegría: solo yo siento tristeza: porque al echar una mirada a este piélago espiritual, al contemplar las

ilimitadas riquezas de la iglesia, y pensar que, apenas pase esta fiesta, se retirará también de aquí, y huirá como antes este numeroso auditorio, siento en mi alma grande amargura y angustia, por ver que la iglesia que ha criado a tales hijos, no puede gozar de su vista en cada reunión, sino solamente el día de la festividad. ¿Qué alegría espiritual, qué regocijo sería el nuestro, qué gloria la de Dios, qué provecho el de las almas, si en cada reunión viéramos tan llenos como ahora los ámbitos de este templo? Pero muy al revés, mientras los marineros y pilotos nada dejan de hacer por atravesar el piélago y presentarse en el puerto, nosotros, que verdaderamente estamos en alta mar, anhelamos ser agitados por el oleaje, expuestos continuamente a naufragar entre las inmensas olas de las cosas terrenas; y siendo así que somos continuos en las plazas y tribunales, a duras penas nos presentamos aquí una o dos veces al año. ¿Es que ignoráis que, como los puertos en el mar, así puso Dios las iglesias en las ciudades, para que, refugiándonos en ellas de la agitación y borrascas de la vida, podamos gozar de tranquilidad? Porque aquí no hay que temer el embate de las hinchadas olas, no los asaltos de los ladrones, no las acometidas de los facinerosos, no la violencia de los vientos, no, finalmente, las asechanzas de las fieras; porque este es un puerto libre de todos estos males, puerto espiritual de las almas. Testigo sois de lo que digo vosotros mismos; porque quienquiera de vosotros que escudriñe su conciencia, hallará aquí dentro mucha tranquilidad: no le enoja la ira, no le inflama la concupiscencia, no le carcome la envidia, no le hincha la vanidad y locura, no le corrompe el amor de vano renombre, sino que todas estas fieras están sujetas, mientras como divino encantamiento penetran en el alma las Sagradas Escrituras, y adormecen los apetitos irracionales. Por consiguiente, ¿qué miseria no sería, pudiendo gozar de tan divina sabiduría, no venir y acudir a menudo a la común madre de todos, la santa iglesia? Porque ¿qué ocupación me puedes objetar más necesaria que ésta?

2. Me dirás en todo caso, que te impide la pobreza gozar de tan hermosa reunión; pero no es buena la excusa. Siete días tiene la semana; estos siete días nos los dividió el Señor; y no de manera que nos diese a nosotros la parte menor y se reservase para sí la mayor, sino que ni aun siquiera los repartió por igual, pues no quiso darnos tres días y quitarnos otros tres, sino que a nosotros nos dio seis y para sí se reservó uno. Y ni siquiera en este día te obligó a desprenderte por completo de los negocios de la vida; y, a pesar de todo, ¡tú tienes

la osadía de imitar en él a los que saquean los objetos sagrados, pues desgarras el día verdaderamente santo, destinado para oír la predicación espiritual, y abusas de él para emplearlo en pensamientos mundanos!

Y ¿qué digo, dar a Dios un día entero? Ya sabes lo que hizo la viuda con la limosna; pues haz tú lo mismo con el tiempo del día; así como ella echó dos óbolos y alcanzó del Señor mucha gracia, así tú consagra dos horas a Dios, y sentirás en tu alma la ganancia de innumerables días. Pero si esto te parece duro, mira no sea que no queriendo privarte durante una pequeña parte del día de la ganancia terrenal, pierdas después el trabajo de años enteros. Porque sabe Dios despreciado desvanecer y aniquilar las riquezas amontonadas. Así lo dijo él amenazando a los judíos, porque no hacían caso de las obligaciones del templo. *Vosotros llevastéis a casa las riquezas; y yo las deshice con un soplo, dice el Señor* (Aggeo, c. 1.º, v. 9).

3. Si sólo una vez o dos al año estás entre nosotros, díme: ¿qué te podremos enseñar de lo que te es necesario saber sobre el alma, sobre el cuerpo, sobre la inmortalidad, sobre el reino de cielos, sobre los castigos, sobre el infierno, sobre la grande misericordia de Dios, sobre el perdón, sobre la penitencia, sobre el bautismo, sobre la remisión de los pecados, sobre la creación del cielo y de la tierra, sobre la naturaleza de lo shombres, sobre los ángeles, sobre la perversión de los demonios, sobre las asechanzas de Satanás, sobre la norma de la vida, sobre los ayuno, sobre la verdadera fe, sobre las corrompidas herejías? Puesto que tales cosas y muchas más conviene que sepa un cristiano, y de razón de ellas a quienes se las pregunten. Mas vosotros ni la más mínima parte de estas podréis aprender, mientras vengáis aquí una sola vez, y esto por ceremonia, y por la costumbre de venir en las fiestas, no por la devoción de vuestra alma. En efecto; por contento me daría, si aún acudiendo a cada reunión de estas, hubiera uno que pudiese cuidadosamente retener todo lo dicho.

4. Muchos de los que aquí estáis presentes tenéis esclavos e hijos, y cuando queréis ponerlos en manos de los maestros de las artes que hayáis elegido, les impedís, por una parte, absolutamente el acceso a vuestra casa, y por otra, dándoles cama, alimento y todos los demás recursos necesarios, hacéis que habiten en la casa del maestro con prohibicción de venir a la vuestra, a fin de que de la continua permanencia con el maestro resulte más esmerada la instrucción, sin que ningún cuidado importuno interrumpa la seria de las lecciones; y

ahora que se trata de aprender, no un arte cualquiera, sino el arte de las artes, que es cómo debemos agradar a Dios y conseguir el cielo, ¿creéis que es razón hacerlo por ceremonia? Y ¿qué locura no es esta?

Y que el aprender es negocio que pida mucha atención, bien lo manifiesta la Escritura; óyelo: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* (Mt. 11, 29); y otra vez dice el profeta: *Venid, hijos, y escuchadme, que os voy a enseñar el temor de Dios* (Sal. 33, 12); y de nuevo: *Desentendeos de los demás, y conoced como yo soy Dios*. Luego es necesaria mucha tranquilidad y atención a quien ha de gozar de esta sabiduría.

II

Mas para no emplear todo el tiempo en reprender a los que han faltado, contentándonos con lo dicho para la enmienda y corrección de los tales, discurramos ya algo sobre la presente festividad. Porque muchos celebran las fiestas y saben sus nombres, pero ignoran los fundamentos de su institución.

1. Todos saben que la fiesta de hoy se llama *Epifanía (manifestación)*; pero que es la manifestación, y si es una o son dos, esto ya no lo saben; y sería cosa muy vergonzosa y causa de mucha risa, que los que cada año celebran esta fiesta, ignoraran su fundamento. Por consiguiente, es necesario, en primer lugar, manifestaros, amadísimos oyentes, que no hay sólo una manifestación, sino dos: la primera es esta presente que hoy celebramos; la segunda es la venidera, que ha de celebrarse con mucha gloria, después de la consumación de los siglos. Y por lo que hace a cada una de ellas, oíd como hoy habla San Pablo con Tito, y le dice así (Tit. 2, 11-12): *Apareció la gracia de Dios, Salvador de todos los hombres, que nos enseña a que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanales, vivamos en el siglo presente conforme a la prudencia, justicia y piedad;* y acerca de la Epifanía verdadera, dice (v. 13): *Aguardando la esperada bienaventuranza, y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo*; y sobre la misma dijo así el Profeta: *El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes de que venga el día del Señor, el día grande y manifiesto* (Jl. 2, 31).

Mas, ¿por qué causa se llama Espifanía, no el día en que nació, sino el día en que fue bautizado? Pues ya sabéis que el día de hoy es el de su bautismo, en que santificó la naturaleza del agua; y esta es la

razón por qué todos, a media noche, sacando agua en esta fiesta, la llevan a sus casas y la guardan un año entero, en memoria de haber sido santificadas las aguas; y sucede un prodigio manifiesto; pues el agua que hoy se saca no se corrompe con la duración del tiempo, sino que permanece durante uno y hasta dos y tres años incorrupta y como reciente todavía, y puede, después de tanto tiempo, competir con la recién sacada de la fuente.

Pero, en fin: ¿por qué el día de hoy se llama Epifanía? La razón es, porque la manifestación de Jesucristo a todo el mundo no tuvo lugar cuando nació, sino cuando fue bautizado; porque hasta este día era desconocido del pueblo. Y para que te persuadas que era ignorado del pueblo y no sabían quien era, oye las palabras de San Juan Bautista (Jn. 1, 26): *En medio de vosotros estuvo a quien vosotros no conocistéis).* Y ¿qué de admirar es que no le conocieran los demás, si hasta aquel día el mismo Bautista no supo quién era? *Porque yo,* dice (ibid., 33), *no le conocía, sino que quien me envió a bautizarle en agua, me dijo: sobre quien vieres descansar el Espíritu como paloma, y permanecer sobre él, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo.*

2. Queda, pues, probado, por lo dicho, que hay dos Epifanías; ahora es preciso añadir por qué razón va Cristo a ser bautizado, y que bautismo va a recibir, por ser punto que debéis saber no menos que el anterior; y aun conviene, amadísimos oyentes, que os instruya en él con preferencia; pues por su medio llegaréis a entender mejor el primer punto.

Tenían los judíos un bautismo que quitaba las manchas corporales, no los pecados de la conciencia. Porque a nadie que hubiera adulterado, robado, o infringido de cualquier otro modo la ley, le podía librar de culpa; en cambio, si había tocado los huesos de un cadáver, si había gustado un manjar prohibido, si había tratado con leprosos, se lavaba y hasta la tarde permanecía impuro, después quedaba ya purificado. *Se Lavará su cuerpo con agua pura, dice, y será impuro hasta la tarde, y será purificado* (Lev. 15, 5). Porque no eran aquellas verdaderas culpas y manchas; sino que convirtiendo Dios por medio de estas cosas en muy religiosos a aquellos hombres tan imperfectos, los disponía para que fueran muy cuidadosos en la observancia de cosas mayores.

De modo que la purificación judaica no quitaba los pecados, sino tan sólo las manchas corporales. ¡Cuán distinta es la nuestra, y cuánto más estimable, y llena de mayores gracias! porque ella nos libra del

pecado y purifica el alma, y concede la alegría del Espíritu Santo. El bautismo de Juan era mucho más excelso que el de los judíos, pero más bajo que el nuestro, y como un puente intermedio entre estos dos bautismos, que conducía del judaico al nuestro; porque no lo conducía a la observancia de las purificaciones corporales, sino que, separándolos de ellas, exhortaba y aconsejaba el mudarse de malos en virtuosos, y el poner la esperanza de la salvación en la rectitud de las buenas obras, y no en diversos bautismos y purificaciones con agua. Porque, ¿qué decía? ; no, *Limpia tus vestiduras y lava tu cuerpo, y serás puro*: sino *Haced frutos dignos de penitencia* (Mt. 2, 8). Y por esto era superior al bautismo de los judíos, pero inferior al nuestro, porque el bautismo de Juan ni daba el Espíritu Santo ni concedía el perdón por medio de la gracia, puesto que mandaba arrepentirse, y no tenía en sí mismo la potestad de perdonar. Por lo cual decía: *Yo os bautizo en agua, mas él os bautizará en el Espíritu Santo y en fuego* (Mt. 3, 11). Por donde se ve que él no bautizaba en el Espíritu Santo. ¿Y qué quiere decir en que vieron sobre los Apóstoles repartidas lenguas como de fuego, y se posaron sobre cada uno de ellos. Y que el bautismo de Juan fue imperfecto, y no contenía en sí la alegría del Espíritu Santo, ni la remisión de los pecados, lo prueba este hecho: encontrándose San Pablo con algunos discípulos les dijo: *¿Recibistéis después de abrazada la fe el Espíritu Santo?" Ellos le respondieron: "Ni aún siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo". Y díjoles: "¿Con qué bautismo fuistéis bautizados?" Le respondieron: "Con el bautismo de Juan". Les dijo Pablo: "Juan bautizaba con bautismo de penitencia"*; de penitencia, no de remisión: y, ¿en virtud de qué bautizaba? *Diciendo al pueblo que creyesen en aquel que había de venir después de él, eso es, en el Señor Jesús. Y oído esto, fueron bautizados en el nombre de Cristo Jesús. Y habiéndoles Pablo impuesto sus manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo* (Hech. 19, 2-6)". ¿No ves cómo era imperfecto el bautismo de Juan? Porque si no hubiera sido imperfecto, no los hubiera bautizado de nuevo San Pablo, no les hubiera impuesto las manos; mas en esta ocasión, al hacer ambas cosas, dio bien a entender la soberana excelencia del bautismo apostólico, y cuán inferior a él era el antiguo.

3. Con esto hemos visto ya la diferencia de los diversos bautismos. Réstanos explicar ahora por qué es Cristo bautizado y qué bautismo recibe. No fue bautizada ni con el de los judíos, que es el primero, ni con el nuestro, que es el último; puesto que no necesitaba

de remisión de pecados (¿y cómo la había de necesitar quien ningún pecado tenía?) *Porque pecado, dice, no lo cometió, ni se halló dolo en su boca.* (1 Pe. 2, 22). Y en otra parte: *¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?* (Jn. 8, 46); ni carecía aquella carne de la participación del Espíritu Santo; y ¿cómo había de carecer de ella la que desde el principio fue formada por el Espíritu Santo? Si, pues, su carne ni carecía de la participación del Espíritu Santo, ni estaba sujeta a la culpa, ¿por qué fue bautizado? Mas antes es preciso que veamos qué bautismo recibió, y entonces recibirá mayor luz también este punto. ¿Cuál fue, pues, el bautismo que recibió? Ni el de los judíos, ni el nuestro, sino el de Juan. Y ¿por qué? Para que por la naturaleza misma del bautismo puedas conocer que no fue bautizado ni para borrar culpa alguna, ni para conseguir la participación del Espíritu Santo; pues nada de esto podía hacer aquel bautismo, según queda demostrado. Esto supuesto, consta que no fue al Jordán por alcanzar ni la remisión de los pecados ni la gracia del Espíritu Santo. Pero para que no pensara alguno de los que allí asistían que se presentaba como los demás para hacer penitencia, oye cómo también este error le previno y corrigió San Juan. Porque siendo así que a los demás decía: *Haced frutos dignos de penitencia; oye lo que dice a Cristo: Con que yo tengo necesidad de ser bautizado por tí, ¿y tú vienes a mi?* (Mat. 3, 14) Y al decir estas palabras daba bien a entender que no se le acercó Cristo por la misma necesidad que los otros, sino que estaba tan lejos de ser bautizado por esta causa, que era mucho mayor y sin comparación más puro que el mismo Bautista.

Si, pues, no fue bautizado ni por penitencia, ni por alcanzar remisión de pecados, ni por obtener la participación del Espíritu Santo, ¿por qué fue bautizado? Por otras dos razones: la primera, la que nos dice el discípulo; la otra, la que él mismo declaró a San Juan Bautista. ¿Y cuál dice San Juan que fue la causa de este bautismo? *Para que fuera conocido del pueblo.* Como también decía San Pablo que *Juan bautizaba bautismo de penitencia, para que creyeran en aquel que iba a venir después de él* (Hech. 19, 4): a esto se encaminaba el bautismo. Porque si fuese recorriendo las casas una por una y se acercara a las puertas y llamara a ellas, y dijera, teniendo de la mano a Cristo: *Este es el Hijo de Dios*; sería sospechoso tal testimonio y obra de mucho trabajo; y si asimismo le hubiera de tomar de la mano y llevarle a la sinagoga y allí manifestarle, por el mero hecho sería igualmente sospechoso el testimonio; pero el que, concurriendo toda

la gente de cada una de las ciudades al Jordán, y habitando en sus riberas, se llegara también Cristo a ser bautizado, y recibiera la recomendación del cielo por la voz de su Padre, y descendiera sobre él el Espíritu en figura de paloma, eximía de toda sospecha el testimonio que de él diera el Bautista. Por eso dice: *Yo no le conocía* (c. I, v. 31), haciendo con esto más fidedigno su testimonio. Puesto que, como eran allegados entre sí según la carne (pues, en efecto, así habló el ángel a María sobre la madre de Juan: *He aquí que Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo* (Lc. 1, 36); y si las madres tenían parentesco, es evidente que también los hijos); pues bien, siendo como eran parientes, para que no pareciese que Juan daba testimonio de Cristo por razón de su parentesco, quiso con particular providencia el Espíritu Santo que pasara Juan en el desierto la edad primera, no fuese que se atribuyera a la amistad o a algún otro interés parecido el testimonio que daba de él, sino que le anunciara como quien lo había aprendido de Dios. Por esto dice: *Y yo no le conocía*. Pues ¿y de dónde lo pudiste aprender? *El que me envió, dice, a bautizar con agua, me dijo: Sobre quien vieres bajar el Espíritu en forma de paloma y permanecer sobre él, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo* (Jn, 1, 33). ¿Ves ahora por qué bajó el Espíritu Santo, no para indicar que aquella fuese la primera vez, sino para manifestar al que era predicado por San Juan, volando sobre el en forma de paloma, y como señalándoselo con el dedo a toda la gente? Tenemos, pues, aquí una razón por la que fue a ser bautizado. La segunda, es la que él dijo: ¿y cuál es? Al decirle Juan: *¿Yo tengo necesidad de ser bautizado por tí, y tú vienes a mi?*, le respondió: *Déjame por ahora, porque así no es justo llenar toda justicia* (Mt. 3, 14-15). ¿No ves aquí la fidelidad del siervo? ¿no ves la humildad del Señor?

4. ¿Y qué quiere decir *llenar toda justicia*? Justicia se llama el cumplimiento de todos los preceptos; como cuando dice: *Eran ambos justos, y caminaban en los mandamientos del Señor sin queja* (Lc. 1, 6). Pues bien, como, por una parte, todos los hombres debían llenar esta justicia, y, por otra, no la cumplía y llenaba perfectamente ninguno, llega Jesucristo y la cumple.

¿Y qué justicia es, dirá alguno, el ser bautizado? El obedecer al profeta era justicia. Así, pues, como fue circuncidado, y ofreció sacrificio, y cumplió los sábados, y guardó las fiestas judaicas, así también añadió esto que le quedaba, que era obedecer al profeta Bautista. Porque quería Dios que entonces todos fuesen bautizados. Oye, si no,

como lo testifica Juan: *El que me envió a bautizaros con agua.* Y en otra parte nos los afirma Cristo: *Los publicanos y el pueblo entraron en los designios de Dios, bautizándose con el bautismo de Juan; mas los fariseos y escribas despreciaron la voluntad de Dios, no bautizándose con este bautismo* (Lc. 7, 29-30). Si, pues, el obedecer a Dios es justicia, y Dios envió a Juan para que bautizara al pueblo, además de todas las otras cosas de ley, también esta cumplió Jesucristo, Supón, pues, que son veinte denarios los mandamientos de la ley: esta deuda convenía que la pagara nuestra naturaleza; no la pagamos, cogiónos la muerte reos de estos delitos, vino Cristo, y, viéndonos cogidos, pagó la deuda, cumplió lo exigido, y libró de las garras de la muerte a los que no tenían con qué pagar. Por esto no dijo: *Me es conveniente hacer esto o aquello, sino llenar toda justicia. A mí, dice, que soy Señor y tengo, me conviene pagar por los que no tienen.* fue, pues, una razón de su bautismo, el que apareciera cumpliendo toda la ley, y otra razón fue la antes expuesta.

5. Por esto también el Espíritu Santo desciende en forma de paloma; porque donde hay reconciliación de Dios, se representa por una paloma. Así, sobre el arca de Noé vino una paloma llevando un ramo de olivo, símbolo de la misericordia de Dios y de la transformación de la tempestad: también ahora vino el Espíritu Santo en figura, y no con cuerpo de paloma (y esto conviene que lo tengáis muy fijo) anunciando a la tierra la misericordia de Dios, y dando a entender, al mismo tiempo, que el hombre espiritual debe ser inocente, sencillo y sin pecado; como también lo dice Cristo: *Si no os convertís, y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos* (Mt. 18. 3). Pues bien; aquella arca, una vez que pasó la tempestad, permaneció sobre la tierra; mas este arca, una vez que pasó la ira, fue arrebatada al cielo, y ahora, aquel cuerpo puro e incorrupto esta a la diestra de su Padre.

III

1. Mas ya que he hecho mención del cuerpo del Señor, algo me es necesario deciros sobre él, antes de terminar el discurso. Se que muchos entre vosotros se acercan a esta sagrada mesa por la costumbre de hacerlo en esta festividad. Y convendría, como ya antes os lo he dicho muchas veces, no estar aguardando a las fiestas, cuando convenga comulgar, sino purificar la conciencia, y entonces llegarse a

recibir la sagrada hostia. Porque el que se halle reo de culpas e impuro, ni aun en la fiesta es justo que reciba aquella carne santa y dignísima de ser mirada con sagrado temblor. Mas el hombre puro, y que con diligente penitencia ha limpiado sus culpas, en la fiesta y siempre será digno de acercarse a los divinos Sacramentos, y gozar de los dones de Dios. Pero puesto que no sé cómo algunos no hacen caso de esto, y muchos, llenos de innumerables pecados, cuando ven que se acerca la fiesta, como empujados por ella se llegan a los santos Sacramentos, que ni aun ver debieran los que tiene tan mala disposición; a aquellos de quienes tal me conste, sin remedio los separaré yo mismo; a los que nos sean ocultos, se los dejaremos a Dios que ve lo más secreto de la mente de cada uno; pero aquellos en que abiertamente todos tienen culpa, me esforzaré este día en corregirlo.

2. Pues ¿cuál es esta culpa? El no acercarse con respeto, sino a empujones, a empellones, llenos de ira, levantando la voz, diciéndoos injurias, empujando al prójimo, llenos de turbación y tumulto. Esto, aunque muchas veces os lo he dicho no cesaré de decíroslo. En los juegos Olímpicos, cuando va por la plaza el prefecto de los certámenes, llevando en su cabeza una corona, ceñido de una túnica, con una vara en la mano, ¿no veis cuánto concierto se guarda, mientras clama el pregonero que haya paz y buen orden? Pues, ¿cómo no ha de ser absurdo que donde va con pompa el demonio, haya tal concierto, y donde llama Cristo para que a El nos acerquemos, haya grande turbación? ¿En la plaza silencio y reposo, y en la iglesia clamoreo? ¿En medio del mar serenidad, y oleaje en el puerto?

3. ¿Por qué te turbas, hombre? respóndeme: ¿por qué te atropellas? ¿Es que te llama absolutamente la necesidad de los negocios? ¿Y crees siquiera que tienes negocios en aquella hora? ¿Y te acuerdas siquiera que estás sobre la tierra? ¿Y piensas tú que estás con los hombres? ¿Y no es propio de un alma de piedra, el creer en tal ocasión que estás sobre la tierra, y no pensar más bien que te regocijas con los ángeles, después de haber cantado con ellos aquella mística melodía, y ofrecido con ellos a Dios aquel cántico de victoria? Que por esto Cristo nos llamó águilas diciendo: *Donde está el cuerpo, allí se reunirán las águilas*. (Lc. 18, 37); para que subamos al cielo, para que volemos arriba, aligerados por las alas del espíritu; mas nosotros, lo mismo que serpientes, nos arrastramos por el suelo y comemos tierra. ¿Queréis que os diga de dónde nace vuestra turbación y clamoreo? De que no os cerramos absolutamente las puertas, sino que os

consentimos retiraros y volver a vuestras casas ante de la última acción de garcias; lo cual, ya en sí, es señal de mucho desprecio. ¿Qué haces, hombre? ¿Estando presente Cristo, presentes los ángeles, preparada esta tormenta y sacrosanta mesa, mientras tus hermanos asisten todavía a los sagrados misterios, tú los dejas y te retiras? Invitado a un convite, aunque te hayas hartado antes, no te atreves a retirarte primero que tus amigos; y aquí, cuando se celebran los tremendos misterios de Cristo, cuando aún está presente el sagrado sacrificio, ¿lo dejas todo a medio acabar, y te retiras? Y tal conducta, ¿qué perdón merece? ¿qué género de defensa?

4. ¿Queréis que os diga a quién imitan los que se retiran antes de terminar, y no ofrecen los himnos de acción de gracias, al fin del sagrado banquete? Quizá es terrible lo que voy a decir, pero, con todo, no hay más remedio que decirlo por la negligencia de muchos. Cuando participó de la última cena de aquella suprema noche Judas, permaneciendo dentro todos los demás, él, apresurado, salió fuera; ¡á éste, por consiguiente, imitan los que huyen antes de la última acción de gracias! Porque aquel, si no hubiera salida, no se hubiera hecho traidor, si no hubiera abandonado a sus condiscípulos, no se hubiera perdido; si no se hubiera escapado de aquel sagrado redil, no le hubiera el lobo encontrado solo, ni devorado; si no se hubiera alejado de su pastor, no hubiera sido presa de la bestia infernal. Así es, que aquel salió con los judíos; éstos con el Señor, después del himno de acción de gracias. ¿No ves cómo la última oración que decimos después del sacrificio se hace según este modelo?

5. Ahora, pues, amados hijos, pensémoslo, considerémoslo, temamos la condenación que a esta culpa se impone. El te concede su propia carne, y tú ¿ni con palabras siquiera le correspondes, ni le das gracias por lo recibido? Tú que, al recibir el alimento corporal, después de la mesa das gracias, al recibir el alimento espiritual, que sobre excede a toda criatura visible e invisible, hombrecillo como eres y de miserable naturaleza, ¿no te detienes a dar gracias con palabras y obras? ¿Y cómo no ha de ser esta conducta digna del más extremo suplicio? Esto os lo digo, no para que me alabéis, ni para que alborotéis y me aplaudáis, sino para que, acordándoos, al tiempo de comulgar, de estas palabras, observéis la modestia que conviene. Misterios se llaman éstos, y lo son; y donde hay misterios, conviene mucho recogimiento: luego, acerquémonos con mucho silencio, con mucho concierto, con la conveniente piedad a recibir esta sagrada hostia,

para que movamos a Dios a mayor benignidad, y purifiquemos el alma, y obtengamos los bienes sempiternos por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, al cual, junto con el Padre y el Espíritu Santo, sea la gloria y el poder, y la adoración, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Había en la ciudad 200.000 habitantes, de los cuales 100.000 eran cristianos. Véase el panegírico de San Juan Crisóstomo en honor de San Ignacio, mártir.

2. Véase, sobre este asunto, a Migne, *Patrol. graec.*, 47, col. 208.

3. *De doct, christ.*, Lib. IV, cc. 28, 12, 17 et.

4. V. Migne, *Patrología graeca.* S. Chrysostomi Opera, t. 1. Praefatio. Los mismos elogios hace suyos Fessler en su obra *Institutiones Patrologiae,* etc. Oenipon-te, typis et sumptibus Feliciani Rauch, MDCCCLI. Tom. II, pars prior, c. V, § 231.

5. Hom. 4 sobre la 1.ª epístola a los Corintios.

6. *La Prédication. Grands Maitres et grands Lois*, par le R.P.G. Longhaye, de la Compagnie de Jesús. París, Retaux-Bray, Libraire-éditeur. 82, Rue Bonaparte, 82, 1888. Págs. 132 y 133.

7. No es afirmación gratuita: ya por entonces, y aun desde mucho antes, la taquigrafía lograba los triunfos más completos. Véanse curiosos datos en el P. Arévalo, nota al verso 23 del himno IX (*Passio Sancti Cassiani Forocorneliensis)* del Peristephanon de Prudencio; íd. Forcellini-De-vit, *Diccionario latino*, en la palabra *notarius.*

Por lo que hace a los Santos Padres, véase la obra *Lecciones de Oratoria Sagrada*, tomadas de las obras de los Padres de la Iglesia, por el Dr. D. Manuel Martínez y Sanz, dignidad de Abad de Cervatos y Canónigo Magistral de la Santa Iglesia Metropolitana de Burgos. Burgos, imprenta y librería de don Anselmo Revilla, 1859; v. lección XXX, págs. 174 y 391.

La mayor parte de las homilías de San Crisóstomo claramente se ve que fueron copiadas por los taquígrafos, si se tiene en cuenta su libertad en alargar o acortar el asunto, las frecuentes alusiones a los aplausos, aclamaciones y conmoción del auditorio, y a veces las curiosas digresiones ocasionadas por sucesos que no pudo prever: como cuando, en la homilía 4.ª sobre el Génesis, se distrajeron los oyentes mirando el encargado de encender las lámparas de la iglesia, que iba cumpliendo su oficio; por lo cual San Crisóstomo los reprendió con una elocuente digresión. Migne, t. 54, pág. 597.

El mismo San Crisóstomo dice abiertamente de sí mismo, en la homilía 4.ª contra los que afirmaba que los demonios gobiernan el mundo; que él medía los discursos según veía mejor o peor dispuestos a los oyentes; pues, como allí va diciendo, en la homilía anterior (sobre la oscuridad de las profecías) se había alargado mucho, porque entendió por los aplausos y aclamaciones que el pueblo le escuchaba con gusto. Migne, t. 49, pág. 245.

8. *Revista popular*, año 1880, 22 de julio, págs. 53, 54, 55 y 56.

9. Carta circular relativa a la sagrada predicación, dirigida de orden de Su Santidad León XIII por la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, a todos los Ordinarios de Italia y a todos los Superiores de las Ordenes y Congregaciones religiosas.

10. Λφγοζ παραιηπoζ ειζ θεοοϖροζ εχπεσουιχ

11. Προζ τουζ εχονταζ παρθενουζ συνειταχτουζ

12. Señalaría, sin duda, a Eutropio, a quien tenía presente.

13. Llama así a Constantinopla por la iglesia de los Santos Apóstoles, edificada por Constantino el Grande.

14. Según Montfaucón, San Andrés, que predicó el evangelio en Bizancio.

15. Más exacta sería la traducción, diciendo: *Haciendo gestos tan indecentes, que, si los recuerdas tú que los viste, bajas la cabeza, te atreves,* etc. Pero hemos respetado la edición latina, cuyo sentido puede, quizá, sostenerse, supliendo χαι después de χατο χυπτειζ.

16. Trata de San Flaviano, Obispo de Antioquía.

17. San Melecio.

18. ¡Quién, al ver esta homilía, creyera que contra esta misma Eudoxia había de tronar después tantas veces el mismo San Juan Crisóstomo, que ahora la ensalza tanto!

19. Es decir, en la pronunciación.

20. Los cinco discursos que tuvo San Juan Crisóstomo contra los judíos el mes de septiembre del año 386.

21. Los nombres de los meses en el texto griego son: Audoneo (Enero), Peritio (Febrero), Distro (Marzo), Jantico (Abril), Artemisio (Mayo), Desio (Junio), Pánemo (Julio), Loio (Agosto), Gorpieo (Septiembre), Hiperbereteo (Octubre), Dío (Noviembre), Apeleo (Diciembre).

22. Alude a S. Flaviano.

INDICE